



Homilía en el funeral de la Sra. María Natividad Mateo. Parroquia de Santa María La Mayor de Soria. 22 de julio de 2022

Saludo a los hermanos sacerdotes, especialmente a Rafa, hijo de la fallecida Natividad, familiares y amigos aquí presentes, hermanos todos en el Señor:

El miércoles, al final la tarde, dijisteis por última vez adiós a vuestra madre que, tras su peregrinación por esta vida, se ha presentado ya ante el buen Dios. Esta mañana celebramos por ella la Eucaristía en la que se actualiza la Pascua del Señor muerto y resucitado.

En un primer momento, la muerte nos hace ver que la vida es frágil porque se presenta como si un abismo de oscuridad se abriera ante nosotros. Pero, desde un punto de vista creyente, el abismo de la muerte nos hace pensar en otro infinitamente mayor: el misterio extraordinario de Dios y de su amor, un abismo que abarca todas las cosas, incluida la muerte, porque *“tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna”* (Jn 3, 16).

El Evangelio que hemos leído (Jn 3,13-18a) hace referencia al pasaje del libro de los Números 21,4-9. Ahí se dice que ante la continua murmuración del pueblo de Israel contra Dios que los había sacado de Egipto, este les mandó una plaga de víboras que les mordían produciendo la muerte sin remedio. Moisés hizo una serpiente de bronce, la plantó en medio del campamento y los judíos heridos que la miraban quedaban curados. El evangelista Juan aplica a Jesús esta historia con un resultado asombroso: el herido de muerte que mira a Jesús, levantado en lo alto de la Cruz, tendrá vida definitiva. Los judíos que habían sido mordidos por las serpientes, sanaban al mirar a la serpiente de bronce. Pero volvían a morir. Sin embargo, el que mira a Jesús en la Cruz, aunque físicamente muere, dentro de sí tiene la vida definitiva que nunca termina.

Queridos hermanos, sin duda, nuestro Dios es un Dios misericordioso, que no contempló indiferente la muerte en la cruz de Jesucristo, como tampoco está ahora ausente en la de su hija Natividad. Y la respuesta de Dios ante la muerte de sus hijos es la promesa de vida y resurrección. Este es el fundamento de la serenidad cristiana ante la muerte y el sentido

de la esperanza y de la alegría cristianas en el tránsito de un ser querido. Natividad ha muerto en el Señor, ha cerrado los ojos a esta vida terrena naciendo a la vida eterna en Dios. Por eso, en medio de la tristeza por su pérdida, nos acompaña también el gozo íntimo de la fe. Confiemos su alma a las manos del Padre, y pidámosle que nos ilumine a todos con la luz de la fe, pues sólo por medio de ella tenemos la certeza de que nuestro destino no es la muerte, sino la Vida.

Quisiera terminar estas palabras dando gracias a Dios, de quien viene todo don, por el don de Natividad, esposa, madre, abuela; invoquemos todos juntos la misericordia de Dios, rico en piedad, sobre su historia y su persona, para que la purifique y la sane.

Gracias a todos los que a lo largo de su vida le ofrecisteis vuestra cercanía, ayuda y afecto. Gracias a sus familiares, de manera particular a vosotros sus hijos, Rafa y Carmen, y a sus nietos, que en estos últimos años, debido a su enfermedad, os habéis volcado en sus cuidados. Habéis tenido el consuelo humano de haber estado en todo momento cuidando de vuestra madre. Y el consuelo espiritual de haber rezado con ella poniéndola en las manos del buen Dios con el sacramento de la Penitencia y de la Unción de los enfermos. Agradezco a todos vuestra presencia y oración esta mañana, expresión del afecto hacia nuestra hermana y su familia, y manifestación también de vuestra comunión en la misma fe y esperanza.

En la oración de la Salve pedimos a la Virgen María que, después de este destierro, nos muestre a su Hijo Jesús, fruto bendito de su vientre. Pedimos confiadamente a nuestra Madre la Virgen que lleve a Natividad en sus brazos y el Señor la acoja en su misericordia. Y a todos nosotros nos conforte con la fe en la resurrección y nos ayude a vivir con esperanza el paso por esta vida.

✠ Abilio Martínez Varea
Obispo de Osma-Soria